



Las aventuras de Pinocho: Historia de la mentira más larga del mundo

Irene Vasco

–¿Y dónde has puesto las cuatro monedas? –le preguntó el Hada.

–¡Las he perdido! –respondió Pinocho; pero dijo una mentira, pues, por el contrario, las tenía en el bolsillo.

Nada más decir la mentira, su nariz, que ya era larga, le creció de repente, dos dedos más.

–¿Y dónde las has perdido?

–En el bosque de aquí cerca.

Ante esta segunda mentira la nariz siguió creciendo.

–Si las has perdido en el bosque de aquí cerca –dijo el Hada–, las buscaremos y las encontraremos; porque cuanto se pierde en ese bosque se encuentra siempre.

–¡Ah! Ahora que me acuerdo bien –replicó el muñeco haciéndose un lío–, no he perdido las cuatro monedas, sino que me las he tragado, sin darme cuenta, al beber vuestra medicina.

Ante esta tercera mentira, la nariz se le alargó de forma tan extraordinaria, que el pobre Pinocho no podía volverse hacia ningún lado. Si se volvía hacia aquí, pegaba con la nariz en la cama o en los cristales de la ventana; si se volvía hacia allá, pegaba con ella en las paredes o en la puerta del dormitorio; si levantaba un poco la cabeza, corría peligro de meterla en un ojo del Hada.

Las aventuras de Pinocho, de Carlo Collodi

Capítulo XVII

Muchas preguntas, muchas mentiras

Las mentiras que hacen crecer la nariz no son sólo culpa del pobre Pinocho. Su historia la verdadera historia de su autor, de su época, de su génesis, está tan plagada de mentiras, desde el principio hasta el final, que se podría decir que todo lo que tiene que ver con este legendario personaje es una gran mentira.

La primera mentira comienza con la nacionalidad de Pinocho. Nadie duda en afirmar que el muñeco es italiano. Pero, ¿italiano de dónde? Porque durante buena parte del siglo XIX, siglo en que vivió Collodi, Italia no existía como tal. Los italianos, en cambio, si existían. ¿Qué significa este juego de palabras? Simplemente que los italianos deseaban una república unificada e independiente, pero estaban divididos en ocho estados, buena parte de ellos dominados por Austria. Los habitantes se sentían italianos, aunque las rivalidades y los celos entre las regiones marcaban la vida de la época.

En medio de las luchas y las revoluciones del Risorgimento italiano, como se conoce este período, lo usual era mentir. Pululaban las sociedades secretas para conspirar de manera clandestina contra los invasores. Se utilizaban seudónimos, se cambiaban las nacionalidades de los personajes literarios, se escondían los discursos patrióticos detrás de expresiones artísticas camufladas. La censura era estricta pero no lograba eliminar los brotes revolucionarios que nacían de todos los rincones.

Algunas preguntas sin respuesta

Podemos hacernos muchas preguntas alrededor de Pinocho, con la seguridad de que encontraremos muchas mentiras dentro de las respuestas. Con un ejemplo sencillo, ilustraremos esta afirmación: ¿Cómo se llamaba el autor de Las aventuras de Pinocho? “Carlo Collodi”, responderán algunos (muchos jurarán



que a Pinocho se lo inventó Walt Disney).

Pues Carlo Collodi no se llamaba Carlo Collodi. Su papá era el señor Domenico Lorenzini, de profesión cocinero de un marqués y su mamá se llamaba Ángela Orzali. Collodi no era, por lo tanto el verdadero apellido del autor de Pinocho. Su nombre completo, y real era Carlo Lorenzo Fillipo Giovanni Lorenzini, mejor conocido por su nombre periodístico, Carlo Lorenzini.

Aunque esterarse de esa mentira puede provocar desconfianza, podemos darle crédito al resto de los datos de su vida: Carlo Collodi nació en Florencia, capital del Gran Ducado de Toscana, en 1926. Su madrina de bautizo fue la duquesa Mariana Ginori. Fue al colegio y al seminario, como un buen muchacho bien educado y estudió retórica y filosofía.

El muchacho tenía permiso para leer los libros prohibidos por la iglesia y censurados por el Duque. Su primer empleo fue en una librería, a los 18 años. A pesar de estar tan cerca de corte, frecuentaba el café donde los intelectuales conspiraban y a los 22 años se enroló como voluntario en las filas que se levantaron contra Austria (lo hizo de nuevo muchos años después, en otro intento de liberación de Italia). Después de esta fallida Revolución, fundó una revista nacionalista y escribió sus experiencias de guerra. A partir de entonces fue periodista político y crítico de arte. En esa época escribió un artículo contra un reaccionario, Eugenio Albéri, y por primera vez Lorenzini firmó con el seudónimo Collodi. Al leer el capítulo XXVII de Las aventuras de Pinocho, queda flotando la siguiente pregunta: ¿Fue ese Eugenio Albéri el mismo que sus compañeros de escuela agredieron con el Tratado de Aritmética hasta dejarlo prácticamente muerto? Como no hay nadie para contestar esta pregunta, seguirá flotando eternamente.

La siguiente mentira, más difícil de contestar tal vez, es si al autor también le crecería la nariz por decir mentiras sobre su nombre.

Segunda pregunta, segunda mentira:

¿Collodi es conocido por su oficio de escritor de libros para niños?

Hasta donde hemos podido indagar, Collodi, como lo seguiremos llamando, no tuvo esposa ni hijos. Es más, parece que no le gustaba sentir niños cerca de él. Los consideraba insolentes, perturbadores. En una palabra, desagradables. Su trabajo era político e intelectual.

Pero, como cualquier buen burgués, Collodi necesitaba dinero extra para sus viajes por Europa y sus proyectos personales. En 1875 le encargaron la traducción de los cuentos de Perrault y esta fue su primera aproximación a la literatura infantil. Desde entonces escribió libros de texto escolar, usando a un personaje llamado Gianettino, para enseñar la geografía de Italia y describir, de manera didáctica y moralista, la vida de los escolares del país.

En 1880 su buen amigo Ferdinando Martini fundó Il Giornali per i Bambini, primera publicación periódica para niños en Italia, y pidió a todos sus amigos que le mandaran colaboraciones. Collodi aceptó, a cambio de una buena retribución económica, y envió “unas niñerías para que Martini haga con ellas lo que quiera”. Así nació la Storia de un Buratino, es decir la Historia de un Muñeco.

Tercera pregunta, tercera mentira:

¿Cuál es el verdadero título de Pinocho?

Si, todos lo llamamos sencillamente Pinocho. Pero para llegar a esta abreviación, es necesario remontarse a la verdadera historia que se esconde detrás del nombre completo. Al principio Pinocho era sólo un muñeco de madera. Mientras Collodi mandaba cuartillas de manera desordenada y errática al periódico de su amigo, el título se mantenía como la Historia de un Muñeco.

Al llegar al capítulo XV, Collodi, aburrido de este trabajo tan poco afín con su oficio, decidió darlo por terminado y asesinó al muñeco. Porque no hay que llamarse a engaños: Collodi, sin ninguna piedad, ordenó que unos asesinos persiguieran y ahorcaran a Pinocho para robarle sus monedas de oro, bien



ganadas como artista de un teatro de marionetas.

Tiempo después, y ante los ruegos del editor Martini y de su socio (y no como suele contarse, de manera mentirosa, “a solicitud de millones de lectores desesperados”), Collodi se inventó un Hada poderosa, que revivió a Pinocho. El hada se convirtió en una especie de madre a lo largo del resto de las aventuras. Desde el capítulo XVI, Pinocho se llamó Las aventuras de Pinocho, y con ese nombre apareció como libro poco tiempo después.

Cuarta pregunta, cuarta mentira:

¿Es Pinocho un cuento, una novela, una pieza teatral, una tira cómica o, simplemente, una aventura literaria, sin culpa?

Clasificar a Pinocho dentro un género literario es algo que ni siquiera Collodi podría lograr. Para el autor, las aventuras del muñeco comenzaron como unas chiquilladas para ganar buen dinero. A veces mandaba capítulos larguísimo, que el editor tenía que recortar y adaptar a las páginas. Otras veces no mandaba nada y el editor tenía que perseguirlo, rogarle, suplicarle, para que no fuera perezoso y escribiera otro pedazo. Así pasaron dos años hasta llegar al capítulo 36.

Esta fragmentaria manera de avanzar en las aventuras se siente a lo largo del libro. Al principio se nota que Collodi juega a la Commedia dell’Arte, inventando personajes y situaciones cómicas y extravagantes, parecidas a las de Arlequín y Polichinela. La pelea entre Maestro Cereza y Gepetto, es, definitivamente, una escena de teatro de marionetas.

Con el transcurso de la historia, algunos personajes comienzan a adquirir un carácter más elaborado. Pinocho se define como el muñeco dual, que desea crecer, madurar y convertirse en un verdadero niño, mientras que Gepetto desaparece y sólo queda su sombra, casi hasta el final del libro.

Entre tanto ir y venir de Pinocho, múltiples personajes aparecen y desaparecen de manera fugaz y, con frecuencia, gratuita. Entran y salen de escena carabineros, animales de todo tipo, como el halcón, el caniche, los médicos “más famosos del lugar”, cuatro conejos “negros como la tinta que llevan a hombros un pequeño ataúd”, un “millar de pájaros llamados carpinteros”, un papagayo sabio, un mono que es juez, dos mastines vestidos de gendarmes, la gran serpiente y hasta una luciérnaga.

Si bien estos inconexos fragmentos parecen un anticipo de la tira cómica, Collodi saca de la manga otro género literario más clásico: el teatro griego. El Grillo Parlante y el pueblo que juzga a Pinocho recuerdan a los coros ocultos detrás de máscaras, oráculos por excelencia, que dictan las reglas, anticipan los hechos, emiten juicios de valor. No en vano Collodi es producto de una cultura teatral que combina la tradición griega y la Commedia dell’Arte.

A la hora de hacer un libro, Collodi adopta la fórmula de la novela. Recompone los capítulos y logra hacer muy coherente la estructura. Un Pinocho que busca desesperadamente una identidad propia, que se tropieza con sus debilidades, que encuentra ayuda en el hada-hermana-madre, y en la bondad de su padre, que corre riesgos y vence obstáculos en el viaje ritual a la madurez, lo convierten, no sólo en un niño de carne y hueso, listo para vivir en sociedad, sino en un entrañable y perdurable clásico de la literatura universal.

Quinta pregunta: Unos son buenos, otros son malos. ¿Quién es quién?

En Las aventuras de Pinocho hay buenos y malos, tal y como debe ser. Los inefables Zorro y Gato, que conducen a Pinocho de mal en mal, merodean a lo largo del libro. Pero ellos no son los únicos malos. Están los niños de la escuela, el dueño de la fonda, el gran Tiburón, el director de la compañía de payasos, Torcida, el Hombrecillo del País de los Juguetes...

A lo largo de toda la historia, los malos los malos reciben sus respectivos castigos, pues para Collodi sería imposible pasar por alto su entorno pedagógico y moralizante. El terrible Tiburón sufre de asma. Torcida,





el amigo que lo induce a abandonar las obligaciones, muere convertido en burro. Los asesinos terminan totalmente deteriorados:

Eran el Gato y la Zorra, pero no había quien los reconociera. Figuraos que el Gato, a fuerza de fingirse ciego, se había quedado ciego de verdad; y que la Zorra, envejecida, tiñosa y sin pelo por un lado, no tenía ya ni siquiera rabo. Así son las cosas. Aquella ladronzuela, caída en la más escuálida miseria, se vio un buen día obligada a vender hasta su rabo tan bonito a un mercachifle ambulante, que se lo compró para hacer un espantamoscas.

Los buenos son a menudo maltratados por Pinocho, como el Grillo Parlante, que renace de entre las tinieblas, convertido en sombra. El Hada del cabello color de añil, que primero es una niña, muere con cierta frecuencia, para salir de su tumba cada vez más grande, más mujer. Deja de ser la hermanita para transformarse en la madre, que siempre perdonará y ayudará, aunque Pinocho no lo merezca.

Algunos de los encuentros de Pinocho tienen un carácter dual: son buenos y malos al tiempo, como los seres humanos. Por esta razón pueden ayudar al personaje a avanzar en su larga búsqueda: el titiritero Comefuego, que pasa de la maldad absoluta a la mayor de las generosidades, o el campesino que convierte a Pinocho en perro guardián y que le devuelve la libertad ante el buen comportamiento, o el hortelano que permite que Pinocho trabaje en su noria y que lo redime de sus culpas, son ejemplos contundentes de las paradojas de la naturaleza humana.

Entre tantos buenos y malos, entre las conciencias que lo persiguen y los oráculos que lo encadenan a su destino, es Pinocho quien permite que los demás tengan poder sobre él. El carácter ingenuo, inocente y sin educación de Pinocho, es su peor enemigo. Las tentaciones lo persiguen, aún cuando nadie lo induzca al pecado. Por fortuna lo acompañan también los buenos, que, a veces a la sombra, a veces directamente, lo sacan de los problemas, lo orientan y le dan nuevas oportunidades. De esta manera Pinocho logra enfrentarse con él mismo y con el mundo que lo rodea, para crecer un poco. Faltaría saber con qué herramientas cuenta Pinocho para seguir creciendo, pues Collodi nos lo deja como un niño, de carne y hueso, pero niño al fin y al cabo.

La mentira mayor: Walt Disney

Todos los niños saben que Pinocho es un muñeco que baila, canta, desobedece y es engañado por unos malvados muy elegantes, pero que al final un hada lo convierte en niño de carne y hueso. Saben también que hay un pez y un gato y que una ballena se come a Pinocho. Difícilmente recuerdan más detalles, pues es tan pobre y distorsionada, pero tan ampliamente divulgada, la versión realizada por Walt Disney en 1943, que se ha vuelto la referencia casi única de la obra.

Vale la pena volver a ver la bien conocida producción, esta vez con espíritu crítico, observando algunos de estos puntos:

- La intensa historia de un personaje en busca de su naturaleza, se vuelve trivial, estereotipada, edulcorada. Los personajes no tienen ningún compromiso. Menos aún Pinocho, que pasa de aventura en aventura sin crecer como individuo.
- Pepe Grillo actúa como una conciencia permanente, cuando en el texto es apenas un personaje que Pinocho mata con un martillo y que reaparece débilmente como una sombra que dice algunas palabras.
- Comefuego no es bueno ni malo en la historia de Collodi, sino rudo, buen negociante y quiere comerse a sus muñecos cuando tiene hambre, pero los perdona y le da a Pinocho las monedas de oro para que le lleve a su hambriento padre, en la película es el más malo de los malos, sin matices ni dualidades. Pinocho tiene que huir sin recibir su dinero.
- Collodi no metió a Pinocho y a su padre en una ballena: fue en un tiburón, que además sufría de asma.
- El hada del cabello azul es un personaje muy importante en el transcurso de la vida de Pinocho. Cambia



de niña a mujer y no es ni rubia ni reina de belleza, como nos la muestra Disney las pocas veces que la muestra.

- El entorno cultural se pierde totalmente en la película. No queda rastro de Florencia y no hay indicios de la época. El invierno, el frío y el hambre no se sienten por ninguna parte. La música no remite a Italia: es puramente americana. El lugar de los acontecimientos más parece Suiza que Florencia (¿creería Walt Disney que Pinocho era un primo de Heidi?) Además los avisos de las calles son en inglés.
- La profesión y el nivel socio-económico de Gepetto son mal interpretados. Lo ponen a vivir en una casita llena de comodidades, cuando las descripciones de las penalidades de Gepetto son dramáticas en el texto.
- Fígaro y Cleo, personajes dulzarrones y superfluos inventados por Disney, no agregan nada a la historia, sólo la distraen gratuitamente.
- ¡¡¡En la película Gepetto usa pistola!!!
- A diferencia del libro, Pinocho se amarra solo y se tira al mar, muere y resucita siendo niño. Además a Pepe Grillo se le otorga una medalla de oro por haber cumplido con su deber de ser la voz de la conciencia. Mentiras, puras mentiras. Nada de esto pasa en el libro de Collodi, quien debe retorcerse en su tumba al ver el maltrato que ha sufrido su obra.
- El país de los juguetes es maravillosamente descrito por Collodi como una recreación de una fiesta de pueblo, con sus juegos y canciones tradicionales. Es tan importante para el autor salvaguardar los valores, que, cuando escribe errores de ortografía para fortalecer la narración, los enmienda con rapidez:

Este país no se parecía a ningún otro país del mundo. La población estaba compuesta exclusivamente por chicos. Los más viejos tenían 14 años, los más jóvenes tenían apenas 8. En las calles había una alegría, una bulla y un vocerío como para volverse locos. Bandas de pillos por todas partes: unos jugaban a las nueces, otros al tejo, otros a la pelota, otros corrían en bici, otros en caballitos de madera; éstos jugaban a la gallinita ciega, aquellos, al escondite; otros, vestidos de payasos, comían estopa encendida; unos recitaban, otros cantaban, otros daban saldos mortales, otros se divertían caminando con las manos en el suelo y patas arriba; unos jugaban con el aro, otros paseaban vestidos de general con un yelmo de papel y el sable de cartón; unos reían, otros chillaban, otros llamaban, otros aplaudían, otros silbaban, otros imitaban el cacareo de la gallina cuando pone un huevo. En resumen, un tal pandemonio, un tal guiriguay, una tal endiablada algazara, que había que ponerse algodón en los oídos para no quedarse sordos. En todas las plazas se veían teatrillos de lona, atestados de chicos desde la mañana hasta la noche y en todas las paredes de las casas se leían escritas con carbón cosas tan bonitas como éstas: ¡Viva los jugetes! (en lugar de juguetes), no queremos más hescuelas (en lugar de no queremos más escuelas), abajo Larín Métrica (en lugar de la aritmética), y otras florituras por el estilo.

- El país de los juguetes de Disney, por su lado, refleja la decadencia de la juventud norteamericana: los personajes no sólo son invitados a destrozar un palacio con su contenido de obras de arte (entre ellas una Mona Lisa y un vitral barroco), sino que fuman y beben. El amigo de Pinocho le enseña a fumar tabaco y el muñeco termina totalmente borracho. Esta escena es realmente grotesca.
- Etc., etc., etc.

Algunas interpretaciones

Mucho se ha dicho sobre Pinocho: algunas interpretaciones se sostienen más que otras. Una de tantas se refiere a la nariz como un símbolo fálico (recordemos que nadie menciona que Collodi tuviera esposa e hijos pero que vivió con su madre hasta la muerte de ésta, que casi coincidió con su propia muerte.)

Otros piensan que Las aventuras de Pinocho son las aventuras de Italia en busca de la independencia, como un estado infantil que no logra crecer y ser autónomo y que depende de potencias extranjeras.



No falta quien compare la panza del Gran Tiburón con el vientre materno.

El caso es que, bajo cualquier interpretación, Pinocho llena todos los requisitos de una obra literaria: la eterna búsqueda del sentido de la existencia, la soledad frente a las encrucijadas y a los obstáculos de la vida, las dudas entre el bien y el mal, dan grandeza al personaje. Finalmente es el tema de la vida y de la muerte el que cohesiona y conduce todo el hilo narrativo.

Pinocho nace de las manos de un pobre hombre. Lleva una vida de dudas, engaños, caídas, desafíos, logros. Al vencerse a sí mismo, aparece la madre, que a lo largo de la historia ha muerto y ha renacido varias veces, y le ofrece el premio de la vida real. El viaje iniciático, el ritual de paso, el retorno a la seguridad del hogar, una vez más, como en cualquier odisea, se ha logrado.

Más de una exageración

En Pinocho todo es exagerado. Los sentimientos son profundísimos. A buena parte de los personajes se les caracteriza con un GRAN adjetivo: el gran Halcón, el magnífico Caniche, los médicos más famosos del lugar, un millar de pájaros, el gran Mono...

La descripción de personajes, situaciones y lugares remite a la caricatura:

La casa de Gepetto era un cuartucho del bajo, que recibía luz por un hueco de la escalera. Los muebles no podían ser más sencillos: una mala silla, una cama no muy buena y una mesa muy estropeada. En la pared del fondo se veía un hogar con el fuego encendido; pero el fuego estaba pintado, y junto al fuego, también pintado, había una olla que hervía alegremente y exhalaba una nube de humo, que parecía humo de verdad.

Las comidas son reiteradamente descritas, sean por su pobreza, sean por su suculencia. La fiesta ofrecida por el Hada o los pedidos de la Zorra y el Gato en la posada, son buenos ejemplos de estas descripciones exageradas.

El pobre Gato, sintiéndose gravemente indispuerto del estómago, sólo pudo comer treinta y cinco salmonetes con salsa de tomate y cuatro raciones de callos a la parmesana; y como los callos no le parecían bastante condimentados, se desquitó pidiendo tres veces mantequilla y queso rallado.

El hada había mandado preparar doscientas tazas de café con leche y cuatrocientos panecillos untados de mantequilla por dentro y por fuera...

Y ni qué decir de las presentaciones de los personajes: deliciosos detalles ilustran a cada paso los encuentros de Pinocho:

Entonces apareció el titiritero, un hombrón tan feo, que metía miedo sólo con verlo. Tenía una barbaza negra como un borrón de tinta, y tan larga, que le bajaba desde la barbilla al suelo. ¡Baste decir que se la pisaba con los pies al andar! Su boca era ancha como un horno, y sus ojos parecían dos linternas de cristal rojo, con la luz encendida detrás, y con las manos restallaba una gruesa fusta hecha de serpientes y de colas de zorra entrelazadas.

Es divertido dar una mirada de vez en cuando a la temporalidad de la narración. Al contrario de la unidad de tiempo del teatro clásico, en donde toda la acción tiene que transcurrir en el término de 24 horas, en Las aventuras de Pinocho, todo se toma su tiempo. El caracol dura una noche entera bajando las escaleras desde el cuarto piso. Cada aventura dura días, meses y hasta años. El crecimiento de Pinocho es lento y Collodi, por su parte tampoco se apura por darle continuación.

Recorrido a través de las imágenes

En el principio sólo eran las palabras. Collodi escribía bajo presión, entregaba tarde el material y los textos se introducían en la publicación periódica a última hora. Así no había ilustrador que pudiera seguirle la pista al siguiente capítulo. De vez en cuando una viñeta de Ugo Fleres adornaba la historia a partir del segundo año.

Viñeta de Ugo Fleres.



Gionale per i bambini, 1881.

Todo cambió con la aparición del libro en 1883. Los capítulos habían aparecido desde el 7 de julio de 1881 hasta el 25 de enero de 1883. Un mes después, en febrero de ese año, la primera edición fue puesta en el mercado.

Ilustración de Enrico Mazzanti (1883).

Las ilustraciones de su amigo Mazzanti, que había trabajado con Collodi en todos sus otros libros didácticos, adornaban el texto. Fue Mazzanti quien interpretó por primera vez a Pinocho de manera gráfica y a este personaje se le concedió el honor de ser “el auténtico”: fue al único al que Collodi dio su visto bueno en persona. Mazzanti, con ayuda de Magni, ilustró hasta la edición número 18.

Ilustración de Giuseppe Magni (1895).

Las ilustraciones más conocidas, entre los que realmente conocen a Pinocho y no se creen el cuento de Walt Disney, son las de Carlo Chiostrri, en 1901.

Ilustración de Carlo Chiostrri (1901).

En primera instancia, Chiostrri redibujó a Mazzanti, pero con el transcurso de los capítulos, fue imprimiendo su propio carácter a los dibujos. Estos son mucho más evocadores y cuidadosos en los detalles. Tienen, además, la virtud de relatar gráficamente toda una época y una cultura. Florencia y sus costumbres son puestas en evidencia en el trabajo de Chiostrri. Algunos de sus personajes, como el Gato y el Zorro, son muy influenciados por Grandville, artista francés, considerado como un surrealista.

La primera edición de lujo, a todo color, le correspondió a Attilio Mussino. Mussino reinventó a Pinocho y lo llevó a vivir en otro siglo y en otra región de Italia. Los Pinocho de Collodi, de Mazzanti y de Chiostrri eran de la Toscana. A partir de 1911, Pinocho perdió su clásico sombrero triangular, adquirió una toca blanca típica de Turín y los personajes se vistieron como los pequeñoburgueses del Piamonte, más cerca de Francia que la Toscana.

Ilustración de Attilio Mussino (1911).

Uno tras otro, los ilustradores italianos han recreado y adaptado a Pinocho a su antojo. Durante el transcurso del siglo XX, con mejores o peores ilustraciones, Pinocho mantuvo su carácter de niño italiano. Pero al caer, en 1943, en manos de Walt Disney, su destino se retorció irremediamente. A partir de la película, las ediciones rápidas, para consumidores desinformados, sin pretensiones culturales, se multiplicaron hasta reducir a Pinocho a una pobre caricatura sin pena ni gloria.

Pero como hasta en las más horribles aventuras siempre es posible esperar un final feliz, Roberto Innocenti, artista autodidacta florentino, llegó al rescate en 1988, renovando y enriqueciendo el espíritu original de la creación de Collodi. Su interpretación devolvió el ambiente, el entorno, la cultura de la época, en ilustraciones con enorme calidad estética.

Ilustración de Roberto Innocenti (1988).

Esperemos que la historia siga mejorando. Pronto será estrenada la película dirigida y actuada por importante director italiano Benigni. Tal vez, sólo tal vez, Pinocho vuelva a ser visto como el personaje al que Collodi dio vida. Disney, desde su muerte en vida criogenética debería despertar y rehacer el daño hecho. Niños y adultos de todos los rincones del mundo se lo agradeceríamos.

El personaje mayor: la muerte

Las aventuras de Pinocho puede leerse como una serie de muertes y renacimientos continuos. Cada vez que la muerte es convocada, casi inmediatamente Pinocho crece un poco. Uno de los pasajes más intenso, y más bellos de paso, es el capítulo XV, en donde Pinocho y el Hada se encuentran por primera vez, paradójicamente enfrentando la muerte de los dos. Podría decirse que éste, que en principio fue el final de Pinocho, es el verdadero inicio de sus aventuras.



Capítulo XV

Los asesinos persiguen a Pinocho y, después de haberlo alcanzado, lo ahorcan en una rama de encina grande

Entonces el muñeco, perdido el ánimo, estuvo a punto de tirarse al suelo y darse por vencido, cuando, mirando a su alrededor, vio blanquear a lo lejos, entre el verdinegro de los árboles, una casita cándida como la nieve.

"¡Si tuviera aliento para llegar hasta esa casa, quizás me salvaría!", dijo para sus adentros.

Y sin dudarle un minuto, volvió a echar a correr por el bosque a carrera tendida. Y los asesinos siempre detrás.

Después de una carrera desesperada de casi dos horas, por fin, jadeante, llegó a la puerta de aquella casita y llamó.

Nadie respondió.

Volvió a llamar con más violencia, pues oía acercarse el ruido de los pasos y el respirar profundo y cansado de sus perseguidores. El mismo silencio.

Dándose cuenta de que llamar no conducía a nada, empezó por desesperación a dar patadas y cabezazos a la puerta. Entonces se asomó a la ventana una hermosa Niña de cabellos color añil y de cara blanca como una figura de cera, los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, quien, sin mover los labios, dijo con una voccecita que parecía venir del otro mundo:

–En esta casa no hay nadie. Todos han muerto.

–¡Ábreme tú al menos! –gritó Pinocho llorando y suplicando.

–También yo estoy muerta.

–¿Muerta? Y entonces, ¿qué haces ahí en la ventana?

–Espero que venga el féretro a llevarme.

Y apenas dijo esto, la Niña desapareció y la ventana se cerró sin hacer ruido.

–¡Oh, hermosa Niña de cabellos color añil –gritaba Pinocho–, ábreme, por misericordia! ¡Ten compasión de un pobre chico perseguido por los asesinos...

Pero no pudo terminar la palabra, pues sintió que le agarraban por el pescuezo y aquellas dos típicas vozarronas que le gruñeron en son de amenaza:

–¡Ahora ya no te escapas!

El muñeco, viendo relampaguear la muerte ante sus ojos, fue acometido de un temblor tan grande, que, al temblar, metían ruido las juntas de sus piernas de madera y los cuatro cequíes de oro escondidos debajo de la lengua.

–Entonces –le preguntaron los asesinos–, ¿quieres abrir la boca, sí o no? ¡Ah! ¿No respondes?... ¡Espera, que esta vez te la vamos a abrir nosotros!...

Y sacando dos viejos cuchillos muy largos y afilados como navajas de afeitado, ¡zas! Y ¡zas!..., le sacudieron dos cuchilladas entre los riñones.

Pero el muñeco, para su suerte, estaba hecho de una madera muy dura, y por tal motivo las hojas, quebrándose, saltaron en mil pedazos y los asesinos se quedaron con el mango de los cuchillos en la mano, mirándose asombrados.

–Ya entiendo –dijo entonces uno de ellos–, ¡hay que ahorcarlo! ¡Ahorquemoslo!

–¡Ahorquemoslo! –repitió el otro.

Dicho y hecho. Le ataron las manos a la espalda y, pasándole un nudo corredizo alrededor de la garganta, lo colgaron de la rama de un gran árbol, llamado la Encina grande.

Después se quedaron allí, sentados en la hierba, esperando que el muñeco estirara la pata; pero el muñeco, después de tres horas, permanecía con los ojos abiertos, la boca cerrada y pateaba más que



nunca.

Cansados, por fin de esperar, se volvieron hacia Pinocho y le dijeron riéndose burlescamente:

–Adiós, hasta mañana. Esperamos que, mañana, cuando volvamos, tengas la amabilidad de estar bien muerto y con la boca abierta de para en par.

Y se fueron.

Mientras tanto, se había levantado un viento fuerte de tramontana, que, soplando y bramando con furor, azotaba de aquí para allá al pobre ahorcado haciéndole balancearse violentamente como el badajo de una campana que tocase a fiesta. Este balanceo le causaba agudísimos dolores, y el nudo corridizo, apretándole cada vez más la garganta, le quitaba la respiración.

Poco a poco se le empañaron los ojos; y aunque sintiera acercarse la muerte, seguía esperando que de un momento a otro pasara un alma caritativa y lo ayudara. Pero, cuando, espera que te espera, vio que no aparecía nadie, absolutamente nadie, entonces le volvió a la mente su pobre padre... y balbuceó casi moribundo:

–¡Padre mío! ¡Si estuvieras aquí!...

Y no tuvo aliento para decir más. Cerró los ojos, abrió la boca, estiró las piernas y, dando una gran sacudida, se quedó allí como aterido.

¿Quiso Collodi realmente exterminar a Pinocho? ¿No tuvo ningún asomo de compasión a la hora de escribir el capítulo? Este final, que, por la última exclamación del personaje nos recuerda la agonía de Jesús en la cruz, no deja claro si Pinocho muere o no. Recordemos que este no es el texto original, que el libro fue una adaptación de los capítulos periódicos que se hilaban un poco a la deriva y al capricho del autor. Es posible que la puerta a la salvación estuviera cerrada en la primera versión y que a la hora de convertir los fragmentos en libro, Collodi dejara un margen de duda. Si algún estudioso desea verificar este detalle, puede ir a la fuente original, al *Giornali per i bambini*. Si alguien se decide, por favor no deje de contarnos el resultado de sus investigaciones.

La obsesión de Collodi por el tema de la muerte no termina en este capítulo, apenas comienza y es recurrente a lo largo del resto de la obra. Ejemplos, igualmente dramáticos al del capítulo XV, pueden encontrarse en los siguientes fragmentos:

- Los conejos negros que aparecen cargando un ataúd para enterrar a Pinocho que morirá por no querer tomarse la medicina: Capítulo XVII.
- La llegada a la tumba del Hada, con su lápida de mármol que dice “Aquí yace la Niña de cabellos color de añil, muerta de dolor al haber sido abandonada por su hermanito Pinocho”: Capítulo XXIII.
- El ataque a Eugenio por parte de sus compañeros de escuela con el Tratado de Aritmética. Eugenio muere, los niños escapan y Pinocho es injustamente acusado por el asesinato: Capítulo XXVII.
- Pinocho, convertido en borrico es tirado al mar para “morir ahogado, y así después desollarlo y quitarle el pellejo”: Capítulo XXXIII.
- La valiente decisión de Pinocho de compartir el destino y morir al lado de su padre Gepetto. Esta decisión es la que finalmente lo salva de su destino de muñeco y lo convierte en niño de verdad: Capítulo XXXV.
- La muerte de Torcida, el gran amigo de Pinocho, convertido en borrico: Capítulo XXXVI.

Tantas muertes no son más que pasos obligados a la última muerte de un muñeco que desea desaparecer para renacer convertido en niño de carne y hueso. Las gratuitas aventurillas de los primeros catorce capítulos dejan paso a los intensos últimos capítulos, que son un ritual de paso para lograr la madurez requerida de un gran personaje.

Bibliografía:



Las aventuras de Pinocho, Anaya, Colección Laurín, Madrid, 1983.
Las aventuras de Pinocho, ilustrado por Roberto Innocenti, Altea, Madrid, 1988.
Pinochio images d'une marionnette, Gallimard, Francia, 1982.
Otro mundo, Grandville, Hesperus, Barcelona, 1988.
El gran libro de hacer de todo, Edaf, Madrid, 1993.
Historia del mundo, Salvat, Tomo 11, Barcelona, 1978.
La invención de la soledad, Paul Auster, Anagrama, Barcelona, 1999.

Todos los textos en comillas son tomados de *Las aventuras de Pinocho*, Anaya, Colección Laurín, Madrid, 1983.